



PASATIEMPO X.  
TERTULIA  
DE LA ALDEA,

Y MISCELANEA CURIOSA DE SUCESOS  
notables, Aventuras divertidas, y Chistes gra-  
ciosos, para entretenerse las noches del  
Invierno, y del Verano.

SU AUTOR  
DON HILARIO SANTOS ALONSO,  
*residente en esta Corte.*

CON LICENCIA.

---

MADRID: En la Imprenta de D. Manuel Martin, calle de la  
Cruz, donde se hallará esta, y otras diferentes. Año 1678.





PASATIEMPO X.  
TERTULIA  
DE LA ALDEA.

Y MISCELANEA CURIOSA DE SUCESOS  
notables, Aventuras divertidas, y Chistes gra-  
ciosos, para entretenerse las noches del  
Invierno, y del Verano.

SU AUTOR  
DON HILARIO SANTOS ALONSO,  
residente en esta Corte.

CON LICENCIA.

MADRID: En la Imprenta de D. Manuel Martín, calle de la  
Graz, donde se hallará esta, y otras diferentes. Año 1878.



## P A S A T I E M P O X.

**L**A noche pasada se havian nombrado para mantener la Tertulia en la siguiente á los tres concurrentes de la Asambléa, el tio Anton Terrones, el Barbero, y el tio Juan Bermejo, todos tres bastante divertidos, y graciosos, que como havia dias que no hacian en la Junta otro papel, que el de Oidores, estaban impacientes, porque les llegase la hora, que fuesen Relatores. Y como yá todos estuviesen congregados en casa de Anton Terrones, no quisieron perder tiempo, pues todos venian deseosos de relatar, y bien prevenidos, no solo del suceso acostumbrado, y de seguir la Historia divertida de D. Quijote, mas tambien de muy entretenidos cuentos, para pasar muy alegremente aquella noche: y asi, levantandose el Barbero, se ofreció á referir uno de los sucesos mas singulares que se leen en las Historias, que fue el siguiente.

Huvo en una de las Provincias de nuestra Europa (como puede leerse en Thomás Cantipano, 2. lib. Apum, cap. 20. part. 2. ) un mancebo Cathólico, y poderoso en haberes, con los quales contrataba en Reynos estraños, y Gentiles; pues teniendo varios criados, les enviaba con sus mercancías á las partes mas remotas del mundo, hasta el Cayro, y Alexandria, vendiendo en unas, y comprando en otras; y como el trato era grueso, montaban las ganancias. Aconteció, pues, que uno de estos criados aportó á una Ciudad del Oriente, que aunque era de Gen-





4  
tiles, tenían salvo conducto para saber contratar sin recibir ofensa. Halló allí un mercader Gentil en todo genero de mercancías, rico por extremo, hombre de mucha verdad, y liberal en sumo grado en su trato, y en su modo tenia poco de Pagano. Agasajóle mucho, regalóle, hizole grande pasage, y de mas á mas, haviendole escuchado del País donde era, y el dueño que le enviaba, y que en lo galante, y generoso eran un simil los dos, le dió para que le llevase alguna cosa de estima.

Alborozado este criado con tales tratamientos, bolvió á su señor, haciendose lenguas en las alabanzas del mercader Gentil, y le dió el presente que le enviaba. El mancebo quedó muy agradecido del Gentil, y que le hubiese robado el afecto; y aunque se holgó, como era justo, mas no se desvaneció de que sus prendas, ponderadas por su criado, le hubiesen acarreado aquel presente, sino que dió al Cielo las gracias, estimando aquellos favores como de su mano; que esto es lo de pechos cathólicos, holgarse del bien con el reconocimiento al Criador. A fuer de agradecido bolvió á enviar al criado á la Patria Gentil, remunerando la oferta con doblados dones. Enlazóse la amistad con estos retornos; pero picado el Gentil á lo liberal, bolvió á enviarle joyas de mas estima. Avivabase el amor con la correspondencia, cruzabanse los presentes, y encontrabanse los regalos.

A excesos de amor tan raros no sabia ya qué hacerse el Cathólico mancebo, admirando, y extrañando mucho, que cupiese en un Gentil amistad tan noble. Pero ó Dios inmenso, qué altas, é incomprehensibles son vuestras Divinas Providencias para  
atraer



atraer á vos las almas ! Cavilando en estos pensamientos el mancebo Cathólico , descubrió un deseo de ir á ver à su aficionado amigo , pareciendole, que á menos que con esta fineza no satisfacía á la amistad que profesaba. Como se miraba libre, hallò pocos estorvos el cuidado; y así, se partió á aquella Ciudad del Oriente con grande comitiva de pages , y riqueza. El Gentil quando lo supo , salió á recibirle con no menos aparato : llevóle á su casa, hizo aderezarle el quarto , todo con tanta magestad, y pompa , como si fuera un Rey. Dieronse los brazos á la primera vista con el gozo, y cariño que puede presumirse , saliendo con júbilos los corazones á los ojos , que à fuer de la inmensa alegría , no cabían en los pechos. El hospedaje , el regalo , el agasajo , el gusto , y el servicio con que el Gentil cortejó al mancebo , es indecible.

Llegó la ocasion , que siendo yá muchos los dias que havia estado en su compañía, le insinuó era yá preciso el marchar , alegando el cuidado de su casa. El Gentil , que al paso que sagáz , era entendido, aunque con modos corteses , le brindó à estarse otro poco de tiempo mas , dando por causa no haverle servido nada ; con todo , viendole determinado , no quiso hacerle violencia al gusto. Condescendió con su voluntad ; mas antes de partirse quiso hacerle alarde de sus haberes : entróle à una galería , en que tenia su mayor tesoro ; y no solo con ruegos , sino con porfías le persuadió mucho à que eligiese , y tomase las joyas mas de su gusto. El mancebo , que aunque admirado de las riquezas grandes , no se hallaba menesteroso de ninguna , escusóse sumamente de tomar nada , siempre muy agradecido , y muy obligado. Viendo , pues , el Gentil , que ni à per-

sup  
sua-



suasiones , ni à ruegos havia podido convencerle à que tomase la mas minima joya , y que parece era descredito suyo el no llevar de su tierra aquel su amigo una seña de su amor , procuró vencerle con traza mas poderosa. Tomóle por la mano , y llevóle à otra sala rica , donde tenia siete doncellas muy ilustres , y muy nobles , tan dotadas de hermosura , que parecian serafines ; las quales tenia el Pagano para casarse con ellas , segun su rito , que le permitia las que pudiese sustentar.

Dijole , pues , al Christiano , que estaba del caso abortito : Ea amigo , supuesto , que riquezas , ni joyas no te agradan , porque no las necesitas , elige de estas beldades nobles que tengo la que mejor te pareciere , para que qual muger propia te haga dulce compañía. El mancebo , que de una hermosura en otra andaba travesando con los ojos , escogió de las siete una , que le llevó mas el alma en lo hermosa , y en lo honesta : eligió , en fin , la que era entre todas mas amada del Gentil ; caminos quizá secretos de la mas alta Providencia , para acarrearle la Bienaventuranza. Parece , que llevado del amor , erró en la oferta , pues le dió lo que mas quería , agravando à su mismo amor ; que no fue poca pena para él , pues le acarreó muchos males.

Viendo , pues , la eleccion que havia hecho su amigo , disimulando el dolor todo lo que pudo , le dijo : Yo , amigo , te dí à escoger una de estas siete doncellas ; tu entre todas has elegido la que mas robada tenia mi voluntad , la que mas estimaba mi amor , y la que mas amaba : por lo qual , tu como discreto , y entendido , echaràs de ver lo mucho que he hecho por ti , y lo mucho que te he dado ; que dar la muger que se quiere , no creo ,  
que



que hay mayor dar : y yo , como menos prudente , por tu respeto , jamás te daré disculpa de lo mucho que he perdido , ni alegaré excusas , ni achaques para bolver á repetir lo que por tí he dejado : llevatela en buen hora , porque estimes mi voluntad. Diciendo esto , la dió innumerables joyas , y gran parte del tesoro , dotandola conforme á su calidad. Esto fue añadir finezas á la bizarria , ó para mostrar animo grande en una pérdida de monta , ó para despreciar riquezas , quando havia dado el alma á su amigo.

Alborozado , y contento se partió el mancebo á su Patria , llevando la doncella Gentil con la estimacion , y recato que requerian sus prendas , y su hermosura. Con el agasajo , con el galantéo , y con sus procedimientos , la llevaba ya cautiva la voluntad : y así , á pocos ruegos , conociendo discreta , á luces de la Fé , los intereses del alma , quiso que la bautizasen. Bolvióse Christiana , y casaronse los dos con grande admiracion de todos sus parientes , que al Bautismo , y á las bodas publicaron fiestas , y regocijos. No lo pasaba así el Gentil en su tierra , sino con tristezas muchas , que le asaltaron de manera el gusto , quando se halló sin la doncella querida , que sin aprovecharle divertimientos , cayó en una melancolía mortal. Triste , y melancólico , dió tanta rienda á la pena , y tantas largas á la imaginacion , que pararon los discursos en delirios. Hizo raptó al entendimiento la dolencia , y ya bolcado el sentido , comenzó á decaer del puesto que tenia. La hacienda , el trato , y las riquezas , como en la casa sin dueño , andaban bienes comunes , expuestos á toda pérdida. Lances son de la fortuna,

Y



y es yerro grande fiar en sus prosperidades ; pues faltan tan facilmente.

Quedó, en fin, del todo pobre ; y como tenia enemigos del tiempo, que émulos de su poder, le aborrecian, procuraron entonces acabarle del todo. Apuraron tanto al pobre Caballero, que tomó por partido dejarles el campo libre, y ausentarse. Triste, y menesteroso buscaba en tierras estrañas el sustento, quando le ocurrió á la imaginacion la memoria de aquel tan querido amigo, por cuya causa quizá se veía en tal miseria : y pareciendole, que sería imposible haverse olvidado de aquellos beneficios recibidos, determinó ir á verle. Como lo pensó lo puso por obra. O alta Providencia de un Dios ! ó suma Clemencia ! y como vás llevando esta tu oveja perdida al aprisco dichoso de tu Reyno !

Caminó á la Ciudad donde el amigo vivia en mucha mayor altura, y mayor predicamento que antes ; porque á fuer de sus riquezas se havia hecho un gran lugar entre lo noble. Informado de su casa, y aguardando, que la noche encubriese con su capa las desnudeces de un triste, llegó á llamar á la puerta. Bajó un criado á ver quién era, ó lo que pedia. Dijo, que havia menester verse con su señor, que le hiciese favor de dejarle entrar. El criado, que al modo que se usan, era desabrido, y poco caritativo, y mas encontrando con un pobre, donde ningun interés se le seguia, respondióle con mucha desazon, que no estaba su señor para visitas ; que si era pedir alguna limosna, esa podria darle al dia siguiente al tiempo de salir de casa ; pero que no aguardase otra cosa. Porfió el Gentil, y aun le dió alguna luz, de que le dijese al amo, que era



era un íntimo amigo , quien queria hablarle. Segun el ropage que traía , juzgó el criado , que era algun loco , y sin darle mas respuesta , le dió con la puerta en los ojos. O miseria humana ! ó pobreza siempre menospreciada , y abatida ! No hay quien la mire con buenos ojos , si el infelíz que la padece , no acude solo á su Dios , que es para todos el remedio.

Triste , y aflijido , quanto se puede pensar , se fue el Gentil á buscar alvergue donde pasar la noche , y no hallandole , se recogió en un portal grande de la Iglesia. Alli arrojado á un rincon esperó el sueño con sollozos , y suspiros. Quedóse , en fin , dormido , y allá á la media noche sucedió acaso , que un hombre de mal vivir , sobre robar á otro lo que llevaba , le quitó la vida , y porque no tropezasen con el cuerpo , le arrojó á aquellos soportales de la Iglesia , donde el Gentil dormia. Este , sepultado en sueño , no oyó nada. Amaneció el dia , y los que madrugaron hallaron casi juntos al herido muerto , y al Gentil dormido. Bastó este indicio para hacer la Justicia sus diligencias. Prendieron al desgraciado Gentil , é hizosele cargo de la muerte. Pudo con verdad negarla : pusieronle á quescion de tormento , y no pudiendole llevar , y viendose yá tan apurado de su adversa suerte , como el que está cansado de desdichas , se arrojó á perder la vida ; que un corazon despechado suele tomar la muerte por alivio. No quiso , pues , negar el cargo que le hacian , con que en breve termino le condenaron los Jueces á que pagase en un palo la pena del delito.

Sacaronle á ajusticiar á una ancha plaza , donde el concurso grande de la gente la hacia estrecha. Mas como los juicios de Dios son tan ocultos , y



nunca olvida á la inocencia , antes por caminos inauditos suele atraer á su gracia al alma que vá perdida, permitió , que á ver el espectáculo se hallase tambien el amigo del Gentil. Asi , pues , como le vió, asaltandole á el alma un tropél de sustos , hizo reparo de mirar mas atento al reo. Miróle punto por punto , y discernidas las señas , conoció , que era su amigo ; y lleno de valor , al paso que lastimado, rompiendo por la gente , comenzó á decir á voces: *Este hombre está inocente , yo he sido el malhechor : aquí está mi vida , yo la ofrezco al cuchillo , deguellenme en esta plaza , y vayase este hombre libre.*

Quedaron todos atonitos con la novedad : hizose el vulgo á la vocería , y sus amigos , y deudos al llanto , y á la tristeza , y en fin , todos á la confusion : quando otro nuevo accidente aumentó admiraciones. Fue el caso , que el mismo homicida, el mismo reo del delito , se halló tambien presente; y mordido de su conciencia, como lastimado de que aquel Caballero noble perdiese la vida por librar á otro inocente , disponiendolo asi el Cielo , salió á público , y con grandes gritos comenzó á decir: *Los dos que se hacen culpados están inocentes , porque ninguno de ellos hizo el homicidio : yo fui solo el culpado , y quien cometió el delito ; y asi , no es justo , que consienta , que padezca quien no lo debe : muera yo solo , y vayanse los dos libres.* Pasmó el suceso á toda la Ciudad. Los Magistrados , y Señores del Gobierno, embueltos en confusion , no sabian qué hacerse. Suspendióse el castigo por entonces , y hasta averiguar la intrincada causa, llevaron á los tres presos: tomaronles sus confesiones con maduro acuerdo ; y averiguando lo que havia movido á cada uno á ha-

cer-



cerse reo , salió la verdad en limpio ; que por mucho que la adalgacen desdichas , nunca quiebra. Conocióse , en fin , la inocencia del Gentil , y del amigo , por lo que les dieron por libres ; y al mismo reo , por la accion heroyca , le absolvieron del castigo ; que à quien confiesa sus culpas , siempre le perdona el Cielo.

El Caballero Christiano llevó al Gentil á su casa , haciendole muchas honras él , y su muger , que luego le conoció ser su señor : regalaronle infinito , manifestandole el mismo amor que antes en la prosperidad ; que de esto se encuentra poco. Trabajaron con este pie mucho las dos Cathólicas almas sobre lo principal , que era reducirle á nuestra Santa Fé , y que se bautizase. El Gentil , que era entendido , advirtiéndole en sus tragedias , y juzgando , que havian sido quizá torcedores , con que el Cielo le havia traído de las tinieblas de su posesion á la luz de la Gracia , condescendió contrito á lo que tan bien le estaba. Bautizóse , y el amigo , contento en grande manera , le dió por muger á una prima suya , noble , y hermosa ; que quiso darle buenas tornas , por la galantería que havia usado con él allá en su tierra , dandole la mas bella doncella que él tenia preparada para su esposa. Además de esto , partió con él la hacienda , y las riquezas que tenia , quedando iguales en todo , y siendo ejemplo raro de amistad á todo el mundo. Asi lo refiere el Autor citado , como se puede ver en la cita sobredicha.

Concluyó el Barbero suceso tan notable , que dejó admirados á todos de amigos tan singulares ; y yá despues de haver confabulado los Tertulios lances tan estraños , y haverlos ponderado por in-



auditos , se levantó el tio Anton Terrones , prometiéndose à seguir la Historia de Don Quijote desde donde havia quedado la noche antecedente , que fue de la manera que diré.

Caminaba Don Quijote con toda la comitiva que le havia sacado de las espesuras de Sierramorena , donde estaba , y se havia retirado á hacer su disparatada penitencia. Venia cortejando á su fingida Princesa de Micomiconi , y asimismo el señor Cura , el Barbero , y Sancho Panza , quando yá llegaron á avistar la Venta , donde tenian determinado sus trazas , para desde alli llevar á Don Quijote á su casa , y curarle de su locura. Pero viniendo por el camino, vieron venir ácia ellos uno caballero en un junrento, y quando llegó cerca les parecia, que era gitano : pero Sancho Panza , que do quiera que veía asnos se le iban los ojos , y el alma , apenas hubo visto al hombre , quando conoció , que era Ginesillo de Pasamonte , el que le robó el pollino , despues de la aventura de los Galeotes , y por el hilo del Gitano sacó el ovillo de su asno , como era la verdad , pues era el rucio , sobre que Pasamonte venia. Empezó Sancho á dar voces , diciendo : Ah ladron Ginesillo , suelta mi vida , deja mi asno , deja mi regalo , puto , ladron , desampara lo que no es tuyo. Ginés soltó luego el asno , y tomando su trote , echó luego á huir por no ser cogido. Sancho llegó á su rucio , y abrazandole le decia : Rucio de mis ojos ? compañero mio ? Y con esto le besaba , y acariciaba como si fuera persona. Llegaron todos , y dieronle el parabien del hallazgo del rucio , especialmente Don Quijote , el qual le dijo , que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos.

Iban



Iban amo, y criado en estos coloquios caminando, y como algo apartados de los demás, quando Don Quijote dijo á Sancho: Ahora bien: dónde, cómo, y cuándo hallaste á Dulcinea? Qué hacia? Qué la dijiste? Qué te respondió? Qué rostro hizo quando leía mi carta? Quién te la trasladó? Señor, respondió Sancho, si vá á decir verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna. Asi es como tu dices, dijo Don Quijote; porque el librito de memoria donde yo la escribí le hallé en mi poder al cabo de dos dias de tu partida, lo qual me causó grandisima pena, por no saber lo que tu havias de hacer quando te vieses sin carta; y creí siempre, que te bolvieras desde el lugar donde la echáras menos. Asi fuera, respondió Sancho, si no la huviera yo tomado de memoria quando vuestra merced me la leyó; de manera, que se la dije á un Sachristan, que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dijo, que en todos los dias de su vida, aunque havia leído muchas cartas de descomunion, no havia visto, ni leído tan linda carta como aquella. Todo eso no me descontenta: prosigue adelante, dijo D. Quijote. Llegaste, pues, al Toboso: y qué hacia aquella Reyna de la fermosura? A buen seguro, que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo, para este su cautivo Caballero. No la hallé, respondió Sancho, sino aechando dos anegas de trigo en un corral de su casa. Pues haz quenta, dijo Don Quijote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos. Pero pasa adelante: quando la diste mi carta besóla? pusosela sobre la cabeza? hizo alguna ce-

re-



remonia digna de tal carta? ó qué hizo? Quando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del menéo de una buena parte de trigo, que tenia en la criba, y dijome: Poned, mi amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aqui está. Discreta señora! dijo Don Quijote: eso debió de ser por leerla despacio, y recrearse con ella. Adelante Sancho; y en tanto que estaba en su menester, qué coloquios hizo contigo? Qué te preguntó de mí? y tu qué la respondiste? acaba, quentamelo todo. Ella no me preguntó nada, dijo Sancho; mas yo la dije de la manera que vuestra merced por su servicio quedaba haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras, como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles, ni sin peynar la barba, llorando, y maldiciendo su fortuna.

En decir, que maldecia mi fortuna, dijiste mal, dijo Don Quijote, porque antes la bendigo, y bendeciré todos los dias de mi vida, por haverme hecho digno de merecer amar á tan alta señora como Dulcinéa del Toboso. Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fé, que me lleva á mí mas de un coto. Pues cómo, Sancho, dijo Don Quijote, haste medido tu con ella? Medíme de esta manera, respondió Sancho, que llegando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos, que eché de ver, que me llevaba mas de un gran palmo. Mas no me negarás, Sancho, dijo D. Quijote, una cosa: quando llegaste junto á ella no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromatica, un no sé qué de bueno, que yo no acierto á darle nom-



nombre? Lo que sé decir, dijo Sancho, es, que sentí un olorcillo algo hombruno, y debia de ser, que ella con el mucho ejercicio estaba sudada, y algo correosa. No sería eso, respondió Don Quijote, sino que tu debias de estar romadizado, ó te debiste de oler á tí mismo; porque yo sé bien lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ambar desleído.

Y bien, prosiguió Don Quijote: hé aqui que acabó de limpiar el trigo, y de enviarle al molino, qué hizo quando leyó la carta? La carta, dijo Sancho no la leyó, porque dijo, que no sabia leer, ni escribir, antes la rasgó, y la hizo menudas piezas, diciendo, que no la queria dar á leer á nadie, porque no se supiesen en el Lugar sus secretos, y bastaba lo que yo la havia dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced la tiene, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo; y finalmente, me dijo, que dijese á vuestra merced, que le besaba las manos, y que alli quedaba con mas deseos de verle, que de escribirle; y que así, le suplicaba, y mandaba, que vista la presente, saliese de aquellos matorrales, y se dejase de hacer disparates, y se pusiese luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver á vuestra merced. Rióse mucho quando la dije, que se llamaba vuestra merced el Caballero de la Triste Figura. Todo vá bien hasta ahora, dijo Don Quijote; pero dime: qué joya fue la que te dió al despedirte, por las nuevas que de mí llevaste, segun la costumbre usada de los Caballeros, y Damas Andantes? A mí, dijo Sancho, no me dió mas joya, que un ped-



dazo de pan , y queso por las bardas de un corral, quando de ella me despedí. Es liberal por extremo, dijo D. Quijote; y si no te dió joya de oro , sin duda debió de ser , porque no la tendria alli á la mano.

Ahora , pues , dijo Don Quijote , me es preciso cumplir lo prometido á la Princesa que con nosotros viene , y fuerzame la ley de Caballería á cumplir mi palabra antes que mi gusto : y así , caminaremos apriesa , para llegar presto donde está este Gigante , y en llegando le cortaré la cabeza , y pondré á la Princesa pacíficamente en su Estado , y al punto daré la buelta á ver la luz que mis sentidos alumbra. Sancho le dijo á su amo : No sería bueno, señor, que os casaseis luego con esta Princesa tan poderosa ? Por Dios, que tome mi consejo : casese luego en el primer Lugar que haya Cura; y si no, ahí está nuestro Licenciado, que lo hará de perlas. Mira Sancho, respondió Don Quijote : si el consejo que me das de que me case es porque sea luego Rey en matando al Gigante , y tenga commodo para hacerte mercedes , y darte lo prometido , hagote saber , que sin casarme podré cumplir tu deseo; porque saliendo vencedor de esta batalla , yá que no me case , me han de dar una parte del Reyno, para que la pueda dar á quien yo quisiere : y en dandomela , á quién quieres tu que la dé sino á tí? Eso es claro , respondió Sancho ; con que quedó muy contento , y regocijado.

Yá iban acercandose á la Venta ( espanto , y asombro de Sancho Panza ) y aunque él quisiera no entrar en ella , no lo pudo huír. El Ventero, Ventera, hija, y Maritormes , que vieron venir á D. Quijote , y á Sancho , les salieron á recibir con muestras



tras de mucha alegría , y él las recibió con grande continente , y aplauso , y dijolas , que le dispusiesen un buen lecho , mejor que el pasado , y él se acostó luego , porque venia muy quebrantado , y falto de juicio. Dispusieron los de la comitiva comida para todos , y al tiempo de comer , D. Quijote se estaba dormiendo : no quisieron despertarle , considerando , que mas falta le hacia el sueño que el comer. Tratóse á vista del Ventero , y su familia del modo como le havian hallado ; y la Venterales contó , sin que estuviese alli Sancho , lo que con él , y con el Arriero les havia acontecido , y juntamente el mantéo de Sancho , de que no poco gusto recibieron.

A este tiempo llegaron á la Venta unos Caballeros con una Dama , conocidos todos de Dorothea , con cuyo motivo compuso el Cura todas las diligencias de ésta , y como se lo havia prometido quando la encontró despechada , pues entre ellos venia su enamorado. Declararonse alli todos los sucesos , y causas de sus tragedias , y el Cura con su discrecion todo lo compuso , como lo prometió. Todo esto escuchaba Sancho con no poco dolor de su anima , viendo que se le desaparecian , é iban en humo las esperanzas de su dictado , y que la linda Princesa Micomiconi se le havia buuelto en Dorothea , y el Gigante en Don Fernando , que era el enamorado de Dorothea , y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto , bien descuidado de todo lo sucedido. Y asi , melancolico , y triste entró adonde estaba su amo , el qual acababa de despertar , á quien dijo : Bien puede vuestra merced , señor Triste Figura , dormir todo lo que quisiere , sin cuidado de matar



á ningun Gigante , ni de bolver á la Princesä su Reyno , que yá todo está hecho , y concluido. Eso creo muy bien , respondió Don Quijote ; porque he tenido con el Gigante la mas descomunal , y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida ; y de un rebés zás le derribé la cabeza en el suelo , que los arroyos corrian por la tierra , como si fueran de agua.

Como si fueran de vino tinto , pudiera vuestra merced decir mejor , respondió Sancho ; porque quiero que sepa vuestra merced , si es que no lo sabe , que el Gigante muerto es un cuero horadado , y la sangre seis arrobas de vino tinto , que encerraba en su vientre , y la cabeza cortada es la puta que me parió , y llevólo todo Satanás. Havia soñado con el Gigante Don Quijote , y levantandose en sueños con su espada , dió contra unos pellejos de vino que estaban cerca de su cama , y á cuchilladas los hizo pedazos , derramandose todo el vino por el quarto. D. Quijote , al oir decir esto á Sancho , le dijo : Qué es lo que dices loco ? estás en tu seso ? Levantese vuestra merced , señor , dijo Sancho , y verá el buen recado que ha hecho , y lo que tenemos que pagar , y verá á la Reyna convertida en una Dama particular , llamada Dorothea. No me maravillaría de nada de eso , replicó Don Quijote , porque si bien te acuerdas , la otra vez que aquí estuvimos te dije yo , que todo quanto en este Castillo sucedia eran cosas de encanto , y no sería mucho que ahora fuese lo mismo. Todo lo creyera yo , respondió Sancho , si tambien mi manteamiento fuera cosa de este jaéz , mas no lo fue , sino real , y verdaderamente.

Ahora bien , dijo Don Quijote , Dios lo remedia-



diará: dame de vestir, y dejame salir allá fuera, que quiero ver los sucesos, y transformaciones que dices. Dióle de vestir Sancho, y entre tanto que se vestia contó el Cura á Don Fernando, y demás que venian con él, las locuras de Don Quijote, y el artificio que havian usado para sacarle de la Peña pobre, donde él imaginaba estar por desdenes de su señora. Ofrecieronse todos á llevar adelante lo trazado para meterle en su Lugar, en medio de haver ya llegado el caso de no poder pasar adelante, impidiendolo el suceso dichoso de Dorothea; y asi, todos determinaron seguir hasta su Lugar con el designio comenzado. Salió en esto Don Quijote armado de todos sus pertrechos, con el Yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela, y arrimado á su tronco, ó lanzon. Suspendió á Don Fernando, y á los demás la extraña presencia de Don Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco, y amarillo, la desigualdad de sus armas, y su mesurado continente, estuvieron callando hasta ver lo que él decia, el qual con mucha gravedad, y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorothea, dijo:

Estoy informado ( hermosa Señora ) de este mi Escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro sér se ha deshecho; porque de Reyna, y gran Señora que solíades ser, os haveis buuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por orden del Rey Nigromante, vuestro padre, temeroso de que yo no os diese la necesaria, y debida ayuda, digo, que no supo, ni sabe de la Misa á la media, y que fue poco versado en las Historias Caballerescas; porque si él las huviera leído, y pasado tan



atentamente , y con tanto espacio como yo las pásé , y leí , hallára á cada paso , como otros Caballeros de menos fama que la mia , havian acabado cosas mas dificultosas , no siendo mucho matar á un Gigantillo , por arrogante que sea ; porque no há muchas horas que yo me ví con él ; y quiero callar , porque no me digan que miento : pero el tiempo , descubridor de todas las cosas , lo dirá quando menos lo pensemos. Visteos vos con dos cueros , que no con un Gigante , dijo á esta sazón el Ventero ; al qual mandó Don Fernando callar , y no interrumpir la plática de Don Quijote.

Prosiguió Don Quijote diciendo : Digo , en fin , alta , y desheredada señora , que si por la causa que he dicho , vuestro padre ha hecho este methamorphoseos en vuestra persona , que no le deis crédito alguno ; porque no hay ningun peligro en la tierra , por quien no abra camino mi espada , con la qual , poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra , os pondré á vos la Corona de la vuestra en la cabeza en breves dias. No dijo mas Don Quijote , y esperó á que la Princesa le respondiese ; la qual , como yá sabia la determinacion de Don Fernando , de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á Don Quijote , con mucho donayre , y gravedad le respondió de esta manera.

Quien quiera que os dijo , valeroso Caballero de la Triste Figura , que yo me havia mudado , y trocado de mi sér , no os dijo lo cierto , porque la misma que ayer fui , me soy hoy : verdad es , que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena aventura , que me han dado la mejor que yo pudiera desearme ; pero no por eso he de-  
ja-



jado de ser la que antes , y de tener los mismos pensamientos de valirme del valor de vuestro valeroso , é invencible brazo , que siempre he tenido : asi , que , señor mio , que vuestra bondad buelva la honra al padre que me engendró , y tengale por hombre advertido , y prudente ; pues con su ciencia halló camino tan facil , y tan verdadero para remediar mi desgracia ; que yo creo , que si por vos , señor , no fuera , jamás acertára á tener la ventura que tengo : y en esto digo tanta verdad , como son buenos testigos de ella los mas de estos señores que están presentes ( y era asi , porque á Doña Dorothea se le havian compuesto sus cosas , que quizá no lo huviera conseguido si no la huvieran encontrado el Cura , y el Barbero quando iban en busca de Don Quijote ) Por lo que dijo Doña Dorothea : lo que ahora resta , es , que mañana nos pongamos en camino , porque yá hoy se podrá hacer poca jornada ; y en lo demás del buen suceso que espero , lo dejaré á Dios , y al valor de vuestro pecho .

Esto dijo la discreta Dorothea ; y en oyendolo Don Quijote , se bolvió á Sancho , y con muestras de mucho enojo le dijo : Ahora te digo Sancho , que eres el mayor bellacuelo que hay en España . Díme , ladron , vagabundo , no me acabaste de decir ahora , que esta Princesa se havia buuelto en una doncella , que se llamaba Dorothea ? Y que la cabeza , que entiendo , que corté á un Gigante , era la puta que te parió ? con otros disparates , que me pusieron en la mayor confusion , que jamás he estado en todos los dias de mi vida ? Voto ( y miró al Cielo , y apretó los dientes ) que estoy por hacer un estrago en tí , que ponga sal en la mollera á todos  
quan-



quantos mentirosos Escuderos huviere de Caballeros Andantes de aqui adelante en el mundo. Vuestra merced se sosiegue, señor mio, respondió Sancho, que bien podria ser, que yo me huviese engañado en lo que toca á la mutacion de la señora Princesa Micomiconi; pero en lo que toca á la cabeza del Gigante, ò á lo menos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios; porque los cueros alli están heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento; y si no, al freir de los huevos lo verá: quiero decir, que lo verá aqui su merced, quando el señor Ventero le pida el menoscabo de todo. De lo demás, de que la señora Reyna se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me vá mi parte como á cada hijo de vecino.

Ahora yo te digo, Sancho, dijo Don Quijote, que eres un mentecato, y perdoname, y basta. Basta, dijo Don Fernando, y no se hable mas en esto; y pues la señora Princesa dice, que se camine mañana, porque yá hoy es tarde, hagase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversacion hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al señor D. Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas, é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso de esta grande empresa que á su cargo lleva. Yo soy el que tengo de servirlos, y acompañaros, respondió Don Quijote, y agradezco mucho la merced que se me hace, y la buena opinion que de mí se tiene, la qual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y aun mas, si mas costarme pueda. Muchas palabras de comedimiento, y muchos ofre-

ci-



cimientos pasaron entre Don Quijote , y D. Fernando , hasta que llegó la hora de cenar , que por orden de los que venian con Don Fernando havia el Ventero puesto diligencia , y cuidado en aderezar lo mejor que á él le fue posible.

Llegada , pues , la hora , sentaronse todos à una larga mesa , como de tinelo , porque no la havia redonda , ni quadrada en la Venta , y dieron la cabecera , y principal asiento , puesto que lo reusaba , à Don Quijote , el qual quiso , que estuviese à su lado la señora Micomicona , pues él era su guardador. Luego se fueron sentando otros muchos señores , y señoras de forma que havian concurrido à la Venta de pasage , à quienes la urbanidad de Don Fernando havia convidado ; y por ultimo , Don Fernando , el Cura , y el Barbero. Cenaron con mucho contento , y acrecentóseles mas , viendo , que dejando de comer Don Quijote , movido de otro semejante espíritu que el que le movió à hablar tanto , como habló quando cenó con los Cabreros , comenzó à decir.

Verdaderamente , si bien se considera , señores míos , grandes , é inauditas cosas vén los que profesan la Orden de la Andante Caballería : si no , qual de los vivientes havrà en el mundo , que ahora por la puerta de este Castillo entràra , y de la suerte que estamos nos viera , que juzgàra , y creyera , que nosotros somos quien somos ? Quién podrà decir , que esta señora que està à mi lado es la gran Reyna que todos sabemos , y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura , que anda por ahí en boca de la fama. Ahora no hay que dudar , sino que este Arte , y Ejercicio excede à todas aquellas , y aquellos que los hombres inventaron , y tanto mas se ha de tener en  
es-



estíma, quanto à mas peligros està sujeto. Quitense-me delante los que dijeron, que las Letras hacen ventaja à las Armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen; porque la razon que los tales suelen decir, y à los que à ellos mas se atienen, es, que los trabajos del espiritu exceden à los del cuerpo, y que las Armas solo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el qual no es menester mas de buenas fuerzas; ó como si en esto que llamamos Armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los quales piden para ejecutarlos mucho entendimiento.

Asi fue prosiguiendo en un largo razonamiento Don Quijote en tanto que los demás cenaban, olvidandose de llevar bocado à la boca, puesto que algunas veces le havia dicho Sancho Panza que cenase, que despues havia lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le havian sobrevivido nueva lastima de ver, que un hombre, que al parecer tenia buen entendimiento, y buen discurso en todas las cosas que trataba, le huviese perdido tan rematadamente en tratandole de su negra, y pizmienta Caballeria. El Cura le dijo, que tenia mucha razon en todo quanto havia dicho en favor de las Armas, y que él, aunque era Letrado, y graduado, estaba de su mismo parecer. Acabaron de cenar, y entre tanto que disponian las camas, se ocuparon en conversacion de sobremesa. Llegó la hora de retirarse cada uno à su lecho; mas D. Quijote se ofreció à hacer la guarda del Castillo, porque de algun Gigante, ù otro mal Andante Follon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura, que



que en aquel Castillo se encerraba. Agradecieronse-  
lo mucho; y así, luego que todos se recogieron se  
salió Don Quijote fuera de la Venta á hacer la centi-  
nela del Castillo, como lo havia prometido, y San-  
cho Panza se echó sobre los aparejos de su jumento,  
que le costaron tan caros como adelante se dirá, con  
todo lo demás que en la Venta aconteció, que fue  
notable, y de especial gusto.

Concluyó el tio Anton Terrones los lances, y  
aventuras de Don Quijote en haverle abstraído de  
su disparatada penitencia el Cura, y el Barbero,  
lo que fue muy celebrado, y luego el tio Juan Ber-  
mejo, por no perder tiempo, comenzó á referir  
chistes, de que venia bien aparejado, y empezó con  
el siguiente de una Damisela de Corte, de las muchas  
que traídas totalmente á la diversion, al regalo, y  
al lujo, sin cuidar de sus casas, ni de su familia, que  
gracias á Dios, de esta polilla hay mucha en las Cor-  
tes, y Lugares grandes, que roen, y acaban con  
sus locuras los mejores caudales, y haciendas del  
Reyno.

Havia en cierto Lugar, no muy lejos de Madrid,  
un hombre rico, y muy sobrado de bienes: anto-  
jósele casar con una señora hidalga, criada en la Cor-  
te á todo entretenimiento, y muy delicada, y de filis.  
Luego que la trajo al Lugar, y vió la casa de su es-  
poso tan surtida de todo, y al mismo tiempo tan rica,  
y poderosa, se dió mil parabienes, echando sus idéas,  
que lo pasaría como una Princesa, muy servida de  
criadas, muy adornada de trajes, y joyas, de ma-  
nera, que se las pudiese apostar á las Damas mas so-  
bresalientes de la Corte. Pasados no muy pocos dias,  
dijo á su marido Vicente, que así se llamaba. Vicen-



te mio , por cierto , que celebro haver dado en tus brazos , porque te confieso , que yo no era para pobre , donde es preciso acomodarse à todo trabajo; pues mis manos , y pies son delicadissimos para andar todo el dia como las mugeres de este Lugar , al cuidado de todos los afanes de la casa. En la cama , en el estrado , en el paséo , y diversion tendrás una muger sana , robusta , y te podré servir para muchos años; y si Dios nos diese hijos , con darlos á criar, estaré siempre en un sér mismo ; porque eso de tragar á la cocina , á la dispensa , al patio , al cerne-dero , y otras diligencias de labradora , no es para mí ; que si en esto me ejercitára , luego se harian las plantas de mis pies una empolla , y mis manos una grieta. El amigo Vicente , que era socarron , marra-jo , y algo codicioso , como amigo de que su muger olvidase los estilos de las holgazanas de la Corte , y que arrimase el hombro á cuidar , conservar , y au-mentar la hacienda , la oyó ; y un dia , que se lo bol-vió á decir , abrió un escritorio : sacó un legajo de papeles , con una palmeta agugereada , como la que usan los Maestros de Escuela , y la dijo : Oye Agus-tina esta clausula del Testamento de mi difunto pa-dre : *Item , declaro , que si mi hijo Vicente casare con señora delicada , criada en Corte , y no pudiese andar à todos los negocios de la casa , y gobierno de la hacienda , por la blandura de sus pies , y sus manos , que no la os-tigue , ni la mortifique en el termino de medio año , y en éste , todas las noches , y mañanas con esta palmeta agugereada la dé en cada planta del pie , y manos vein-te y dos palmetadas á la izquierda , y á la derecha , como mejor le acomode , y los mas fuertes que puedan ser , para que vaya criando callos , y no estrañe despues el tra-*  
ba-



bajo de sus pies, y sus manos; y en el tiempo de este preparativo la dejarà descansar, y cumplir sus gustos de Cortesana, á lo que está hecha; y no haciendo esta diligencia, quiero, y es mi voluntad, que mi hijo Vicente sea despojado de los haberes, y hacienda que le dejo, y pase toda á otro hijo que esté casado con muger trabajadora, y cuidadosa de su casa, que no necesite de la sobre-dicha medicina. Oyó la señora Agustina la tal clausula, que no la hizo muy buen estomago. Al dia siguiente, estando los dos en la cama, cogió Vicente la palmeta para cumplir lo ordenado por su difunto padre, y al descubrirla un pie para efectuar lo dicho, saltó Doña Agustina de la cama huyendo mas que de paso. Llamabala el marido, pero ella corria mas que un perro quando le muestran el palo. No reparó en delicadeces, aunque iba descalza; pues á todo correr bajó por las escaleras, atravesó acelerada un patio malamente empedrado, y escondióse en la panera, juzgando que su marido venia tras ella. Allí estuvo bastante tiempo, donde viendo, que aquello no tenia remedio, discurrió cuerda hacerse á lo que convenia. Empezó á pasearse descalza por encima del trigo, y algarroba, y á frotarse las manos con los garbanzos, y luego bolvió para su marido, y le dijo: *Esposo mio, desiste de darme palmetas, que yo yá he discurrido otra medicina menos molesta para eriar callos.* Dijoselo, y Vicente desistió de la palmeta: y era cosa maravillosa, que todas las mañanas saltaba de la cama descalza Doña Agustina, y bajándose á la panera, hacia este ejercicio. Tanto se ejerció en ello, que yá sus pies, y sus manos eran un grueso callo, para cortar carne, y pescado, amasar, hacer queso, hilar, y coser, y otras cosas que prac-



tican las mugeres de juicio, y gobierno, haviendo totalmente olvidado las locuras, y holgazanerías de la Corte. Ella quedó admirada del milagro, y su marido contento, y servido: y si alguna vez se le quejaba del trabajo la señora Agustina, sacando el socarron de Vicente el Testamento, y la palmeta, se la quitaba el melindre de señora, y la pereza de holgazana. Lo cierto es, que con este preparativo aumentaron mucho su hacienda, y casaron grandemente á sus hijos.

Mucho se celebró este caso entre los Tertulios, y sirvió de ejemplar especial para no pocos que malrotan las mejores haciendas, por tener mugeres locas, y holgazanas; y esto mismo se vé ordinariamente en la Corte, y Lugares grandes, y aun pequeños, que por no mostrarlas los maridos la palmeta, arruinan las casas, destruyen á sus maridos, y á sus hijos, y vienen á acabar en una suma miseria. Descansó un poco el tio Bermejo de su buena platicuilla, y el Barbero se ofreció á referir un chiste muy gracioso de un Predicador.

Acertaron á pasar por una Iglesia dos Caballeres de Madrid, á tiempo que estaba predicando un Predicador, que en sus Sermones era demasiadamente dilatado: havia gastado solo en la salutacion cerca de una hora. Proseguia su Sermon, y no tenia trazas de acabarle hasta que Dios viniese á juzgar vivos, y muertos. Yá se cansaban los dos Caballeros de tan largo Sermon: preguntaron á uno de los que estaban proximos á ellos: *Quanto tiempo hà que el Padre empezó á predicar?* Señor mio, respondió el colateral, *en verdad que yá no me acuerdo quando se persinó.* Pues, amigo, dijo uno de los Caballeres,

si



*si Vm. aguarda al Ad quam mihi, & vobis, le han de salir canas en la Iglesia.* A este tiempo decia el Predicador : *Vamonos muy poco á poco, que hay mucho que decir en el caso.* Y entonces, levantandose el uno, y tirando de la manga á su compañero, le dijo : *Amigo, obedezcamos á lo que nos dice su Reverendisima, y vamonos muy poco á poco;* y los dos comenzaron á salirse con mucho espacio de la Iglesia. El bellaco del Predicador, que presumió el por qué se salian, ó acaso llegó á percibir algo de lo que havia pasado, dijo inmediatamente : *Por cierto que se me ocurre un caso muy chistoso, y muy de gusto, que no desagradará á mis oyentes.* Y los dos Caballeros se pararon á oirle. Fue el caso, y dijo en alta voz : *Caballeros esperen un poco, no pierdan lo que voy á decir, que les será de mucho agrado;* y fue, que dió tan sobre ellos á carga cerrada, reprehendiendoles su poca aficion á la palabra de Dios, que despues no acertaban á salir por las puertas de la Iglesia.

Aplaudióse por extremo el chiste, y sobre él refirió otro muy de gran gusto el tio Juan Bermejo, que fue el siguiente. Envió una madre á su hijo con la comida á su padre, que trabajaba fuera de su casa. Haviase la puesto muy bien en una cesta, y todo se reducía á un puchero, con su baca, tocino, garvanzos, y caldo. Caminaba el muchacho con su comida, pero muy ostigado de una hambre perruna, que le tentaba lo bastante. Acosado de ella, sacó del puchero el tocino, y algunos garvanzos, y se los comió. Bolvió á recoger su puchero, y componerle de la manera que su madre se le havia puesto; pero aun no havia andado doce pasos, quando excitado mas el apetito de lo que havia comido, bolvió á caer  
en



en mayor tentacion. Determinóse á comer toda la carne , como con efecto lo hizo. Llegó con el puchero á su padre : éste , haviendo cortado sus sopas , echó el caldo correspondiente : tomólas ; y al echar la carne en un plato , vió , que no havia mas que caldo , y tal qual garvanzo. *Muchacho* , dijo el padre á el hijo , *què es esto ? què puchero te ha dado tu madre ?* Padre , *ese que vés* , respondió el hijo. El padre enfurecido , le dijo : *furo á Dios , picaro , que tu te has comido la carne*. El muchacho negaba , diciendo , que su madre asi se le havia entregado. Su padre , rabioso , se quitó el cinto , y empezó á castigarle ; mas él , viendo , que aquello no iba de buena data , decia : Padre , *dejeme usted , que yo diré la verdad*. Dila , *picaro* , dila , replicaba el padre. Señor , *yo venia con la cesta , y haviendo dado un tropezon , caí con ella : saltó el puchero de la cesta , y todo lo que venia en ella se vertió ; mas yo no pude coger otra cosa que el caldo , y esos tales quales garvanzos , que es lo que traygo á usted*. Esta razon enfureció mas al padre , y empezó á castigar al hijo , de manera , que si no se le quitan , acaba alli con él.

Rióse mucho el chiste , y el tio Anton Terro-  
nes , que hasta alli havia callado desde la Historia de Don Quijote , refirió otro por extremo alegre , y gracioso , que fue de esta manera. Confesaba un Cathedralico de Salamanca á una Beata de aquella Ciudad , muy llevada de antusiasmos , y revelaciones. Siempre , y quando se confesaba , decia á su Confesor varias revelaciones que continuamente la acontecian. Lo que mas frequentemente referia , era , decirle : Que se le aparecia muchas veces el Niño Jesus. Una vez venia , y le decia , que le havia visto  
es.



estando oyendo Misa, sobre una cornisa de la Iglesia: otra, que en su quarto se le havia aparecido con todas las insignias de la Pasion. Venia otra vez á confesarse, y decia, que aquel dia le havia visto tres veces, unas muy triste, y otras muy alegre; y que unas veces la hablaba, y otras no la hablaba. A todo tuvo paciencia el Cathedratico; y lo mas que la preguntó en una ocasion, fue: *Digame, hermana, ese Niño que se la aparece de qué forma viene? Viene con calzones, ó con sayas?* Ay Padre! respondia, *que son tantos los rayos, y resplandores que trae, que no es posible discernir su trage, y me cuesta mucho mirarle el rostro, porque es mucha su claridad.* Y digame, replicaba el Confesor, *qué tan grande será ese Niño?* *Será,* respondia la Beata, *como de dos à tres años.* Bien, decia el Doctór. Con que por causa de los rayos no puede distinguir, si trae sayas, ó calzones? Y digame: *Son tantos los resplandores de la cara como los de los pies?* la preguntaba el Confesor. *No Padre,* respondia ella, *porque le alcanzo à ver muchas veces los zapatos con unas evillas tan ricas, y llenas de piedras preciosas, que quitan la vista; y esta vez ultima le ví pasar por delante de mí de esa manera, con la Cruz acuestas, muy lastimado.* Yá aqui no pudo tolerar mas el Confesor; y dando una palmada en el Confesonario, dijo: *Vaya, que es una trapacera mentirosa. Con evillas, y zapatos Christo, y la Cruz acuestas? Qué buena ensalada por cierto. Vayase con los diablos muger. Es bueno, que hà veinte y quatro años que soy Cathedratico en esta Universidad, y he leído, y escrito mas que el Tostado, y no he sido tan dichoso, que haya alcanzado en tanto tiempo à ver al Cirinèo, y dice ella, que ha visto à Jesus? Miente; y me atrevo à jurar,*  
que



que ni aun las plumas de la cola del Gallo de la Pasion ha alcanzado à ver , quanto mas à Jesus con la Cruz acuestas. Vayase en hora mala la trapacera. Y levantandose del Confesonario , la dejò corrida , y avegonzada.

Levantaronse tambien todos los de la Tertulia, sin poder contener la risa , y se fueron á sus casas, refiriendose unos á otros el chiste con infinitas carcajadas , y refiriendo , y aplaudiendo asimismo la gracia con que el tio Anton Terrones lo havia contado.

**FIN.**

